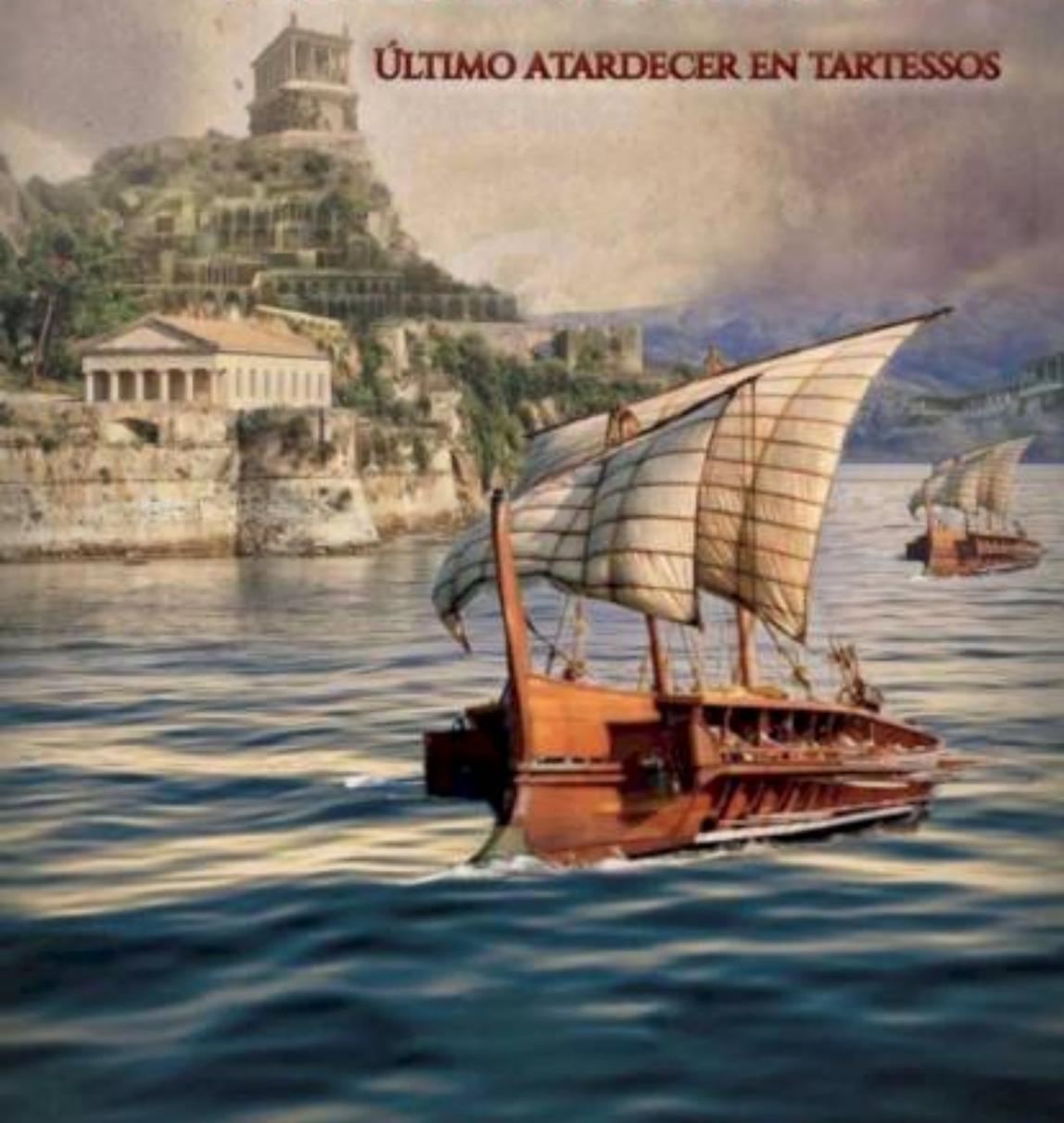


Josep Capsir

LOS HIJOS DE LA ATLÁNTIDA

ÚLTIMO ATARDECER EN TARTESSOS



Una tierra legendaria sometida por la ira de los dioses. Un reino mitológico abocado a desaparecer del mapa. La Atlántida. Lo que fue mitológico se convertirá en historia. Los últimos días de una de las civilizaciones más desconocidas y oscuras: los Tartessos.

«Hace miles de años, allende los mares, en el extremo de Occidente, existía un continente tres veces más grande que Asia. Era una tierra fértil al septentrión y árida por la parte más meridional. Un territorio de vegetación rica en frutos y de climatología inestable. Un gran río, con el caudal propio de los mares, poderoso en su curso más alto y rico de minerales en su desembocadura, atravesaba prácticamente todo el continente. Este fabuloso edén fue la cuna de la humanidad».

Solón, uno de los siete sabios de Grecia, sabía de la existencia de una tierra rica y próspera, un reducto de los Dioses bautizado como Atlántida.

Tartessos, 536 a. C. Uno de los principales puertos comerciales de Occidente es también el legado de aquella tierra legendaria que un día la ira de los Dioses borró del mapa. Ellos, hijos y herederos de un territorio maldito y condenado a desaparecer de la Historia. Inmersos en una fractura social y un marco comercial en decadencia, sufrieron los efectos de la furia de los Dioses y la fuerza de un imperio en expansión. Ellos también se convirtieron en leyenda.

De la mano de Terón, un humilde curtidor de la zona costera sumido en un profundo conflicto de fe, conoceremos los últimos días de uno de los principales reinos de la Mediterránea. Lo que mitológico fue, en hecho histórico se convertirá.

*A mis hijos, Pol y Carol, por enseñarme el significado de la palabra amor.
A Sílvia y a Clàudia, por robarme el corazón.
A mi familia, especialmente a aquellos que ya no tendrán la oportunidad de leer esto.
Y a mis lectores.*

«Es impío no el que suprime a los Dioses, sino el que los conforma a las opiniones de los mortales».

EPICURO DE SAMOS (341 a. C. – 270 a. C.),
filósofo griego.

Primera parte

DE LA ATLÁNTIDA Y LOS DIOSES

Capítulo 1

Diálogos de Solón y Anacarsis. Atenas, año 594 a. C.

Al final del embarcadero de la playa, en la parte nueva del puerto de Atenas, Solón reflexionaba acerca de los últimos acontecimientos, mordisqueando un fino tallo de espiga. Los graves conflictos sociales de las últimas semanas ensombrecían el trabajo de los últimos meses y dificultaba las relaciones con los principales eupátridas de la región. Los terratenientes no veían con buenos ojos el nuevo proyecto constitucional que estaba preparando Solón desde hacía meses, cuya puesta en marcha significaba un duro golpe a la riqueza de la parte noble de Ática y el acceso de los campesinos a un futuro mejor y más justo. Si la elaboración del primer censo de población ya había sido mal vista por la burguesía ateniense, la reforma representaba una seria amenaza al poder político de los eupátridas.

La llegada de Anacarsis, el príncipe escita, de quien se decía que tenía una lengua afilada y un reconocido don de la negociación, podría ayudarle a convencer a los campesinos y a los nobles terratenientes mostrando un punto de vista neutral y ecuánime; por ese motivo, cuando la trirreme en la que viajaba el afamado extranjero viró en dirección al entarimado que hacía las veces de embarcadero, Solón no pudo evitar levantar sus brazos a modo de saludo.

Los guardias del gobernador ateniense se alinearon a lado y lado de la pasarela principal del muelle, irguieron sus cabezas e inclinaron sus picas en formación de honores y mantuvieron su gesto marcial mientras los remeros acercaban la nave hasta su posición. Encaramado en el apéndice

ce de proa, Anacarsis saludó a sus anfitriones con una inclinación de respeto mientras la tripulación amarraba la nave.

El príncipe escita descendió por la pasarela envuelto en una túnica de lino de color blanco impoluto, ribeteada con cenefas doradas, mostrando con ostentación las joyas que adornaban sus brazos y que cubrían su pecho. La guardia ateniense alzó sus picas y entonces Solón se acercó al recién llegado.

—Sea bienvenido, príncipe —empezó a decir el gobernador—. Espero que haya tenido una agradable travesía.

Solón le dedicó una reverencia y el visitante hizo lo propio.

—Ha sido un viaje muy apacible, gobernador. Partimos de Éfeso hace tres días y el viento nos azoró durante la primera noche pero la calma nos ha acompañado durante el resto de la travesía.

—¡Oh, bella Éfeso! —suspiró Solón—. Debo confesarle mi debilidad por esa maravillosa colonia, desde sus orillas he tenido la oportunidad de presenciar una de las más bellas puestas de sol.

—Es una ciudad esplendorosa, sin duda, gobernador. Cuando finalicen las obras del Artimisión todavía lo será más.

—¿Es tan magnífico cómo explican? —se interesó Solón.

—Es una maravilla, créame... La columnata de la perístasis es majestuosa y los mármoles son excepcionales, un regalo del rey Cresos de Lydia.

Un carro de grandes dimensiones gobernado por cuatro corceles blancos les esperaba al final del embarcadero. Uno de los guardias apostados junto al carruaje extendió su brazo a las autoridades para que subieran. Solón le cedió el paso al extranjero antes de situarse a su izquierda por cortesía, luego azuzó a las bestias y se dirigieron a la residencia del gobernador.

A su llegada, Anacarsis fue agasajado con un generoso banquete organizado en su honor en el que no faltó carne de ave y buen vino. Más tarde se recluyó en uno de los suntuosos aposentos de la casa de Solón para reponer fuerzas tras tan largo viaje.

Ambas autoridades se emplazaron a continuar con su charla a media tarde, antes de la caída del sol.

—Me honra mucho que haya reclamado mi presencia para terciar en el conflicto constitucional al que se enfrenta —dijo Anacarsis—. Es sabio el que reconoce menester ayuda, gobernador.

—Le agradezco sus palabras, Anacarsis, aunque me gustaría explicarle las razones que me han motivado a invitarle. Verá, una reforma legislativa tan importante como esta requiere de un gran acierto. Tengo a todos los eupátridas en mi contra y los campesinos cada vez piden más oportunidades, privilegios que no puedo ofrecerles. Para que Grecia tenga riqueza debemos preservar una buena parte de su pobreza. Me comprende, ¿verdad?

El príncipe sonrió.

—He resuelto crear un consejo de sabios, parecido al Senado tartesio —siguió explicando Solón—. Me gustaría contar con la participación de siete sabios, personas ilustres en el pensamiento y en la gnóstica que tengan además un peso político importante. Por ese motivo he pedido su presencia, me gustaría contar con su ayuda.

El extranjero ladeó una sonrisa de satisfacción, asintió con un leve gesto de cabeza y palmeó la espalda de su anfitrión.

—El modelo legislativo de Tartessos no parece el más indicado en los tiempos que corren —repuso sarcásticamente—. Es un reino demasiado anclado en el pasado, con un ejército débil y sin posibilidades de expansión. Atenas merece mucho más.

Solón se sentó en una de las bancadas del jardín e invitó a Anacarsis a hacer lo propio.

—Tartessos tiene muchos motivos para ser un referente, estimado Anacarsis. Durante muchos siglos fue un lugar rico y fértil y el principal puerto comercial de nuestros mares. Tartessos fue la tierra donde se originó todo, el lugar que esconde los misterios de la creación; la tierra de Atlas.

El semblante de Solón se tornó sobrio. El gobernador no podía disimular su admiración por el pueblo tartesio y sobre todo, el respeto a su historia y sus orígenes.

—¿Conoce usted la historia de La Atlántida? —le preguntó Solón.

—¿Atlántida? —Anacarsis se encogió de hombros—. Nunca he oído hablar de La Atlántida.

—Muy pocos conocen la historia de este gran reino —empezó a explicar Solón—, una historia que solo los sabios podemos conocer y que debemos preservar con mucho celo.

Solón miró fijamente a los ojos de su convidado, sopesando si ese extraño era merecedor de tal fuente de sabiduría.

—Por mi honor que sabré guardar sus sapiencias —contestó con convencimiento.

El gobernador se levantó y alisó la arena con la suela de su sandalia, luego cogió una rama y dibujó en el suelo una circunferencia ligeramente ovalada.

—En uno de mis viajes a Egipto coincidí con Tohom, un sabio sacerdote de Sais, una ciudad cercana al delta del Nilo. Tohom era el pontífice de Menfis y un erudito de la historia y la religión. En una sentada de atardecer, como esta nuestra, me explicó que hace miles de años, allende los mares, allá en Occidente existía un continente tres veces más grande que Asia. Era una tierra fértil a septentrión y árida en su franja meridional. Un territorio de vegetación rica en frutos y de climatología inestable.

Solón se detuvo en sus explicaciones y resiguió con la rama nuevamente el surco que formaba la circunferencia di-

bujada en la arena, luego trazó una línea divisoria de arriba abajo y continuó su narración.

—Un gran río, con un caudal propio de los mares, poderoso en su curso alto y rico en minerales en su desembocadura cruzaba prácticamente todo el continente. Ese fabuloso edén fue la cuna de la humanidad.

El extranjero escuchaba las explicaciones del sabio con atención, sin poder disimular su perplejidad.

—¿Habitaba el hombre esa tierra, gobernador? —preguntó.

—El hombre... ¿Qué es el hombre, Anacarsis? —Solón esbozó una ligera sonrisa—. Hubo una especie parecida a la del hombre que habitó diferentes núcleos de esas tierras. Eran homínidos migratorios que vivían en cuevas y se alimentaban de la vegetación y de la caza menor, principalmente. Habían aprendido a fabricar sus propios artilugios de uso cotidiano, eran expertos cazadores y empezaban a dominar la conservación del fuego. Con el paso de los siglos se fueron desplazando hacia tierras australes, siguiendo los cauces de los ríos que se formaron tras el deshielo de las montañas que custodiaban la zona septentrional del continente. Pero lo más relevante de las características de esa especie es que llegaron a desarrollar un código primario de comunicación a través del habla.

Solón miró hacia el cielo encapotado y escondió sus manos en el interior de su túnica. Luego, con la ayuda del pie, borró la circunferencia que había trazado sobre la arena.

—Demos un paseo por los jardines —sugirió Solón—, hace fresco y parece que nos visitará la lluvia.

—La lluvia es muy inestable en esta época del año —apuntó Anacarsis—. En mi país las precipitaciones pueden durar semanas.

Las dos autoridades, con las manos a la espalda se dirigieron al palacio ateniense a paso lento mientras Solón continuaba con sus explicaciones.

—El deshielo de las montañas era una constante, y así fue durante varios miles de años. La meteorología era cambiante y se alternaban grandes épocas de lluvias con etapas de sequía. Eso provocaba que diferentes placas continentales se sumergieran y emergieran durante diferentes ciclos pluviales. No obstante, y a pesar de la variabilidad meteorológica, llegó una época de bonanza y esa especie salvaje, antecesora al hombre, empezó a asentarse y su movilidad geográfica fue más reducida. Entonces...

Solón detuvo el paso y volvió a mirar al cielo, negó con la cabeza y cerró los ojos. Su acompañante contempló también el espectáculo celeste, cuando el sol teñido de naranja se confunde entre las nubes y la luna aparece, languidecida con su vestido blanco.

—Y entonces... —le espoleó Anacarsis con impaciencia—. ¿Qué sucedió?

—Entonces llegaron ellos del Cosmos, describiendo circunferencias en el firmamento con sus poderosas máquinas de volar. Eran seres inteligentes y fuertes y poseían poderosas y afiladas armas fabricadas con materiales desconocidos para los habitantes del gran continente. Tenían conocimientos avanzados de astronomía, de botánica y dominaban el trabajo de la piedra y las construcciones. Ellos fueron los Dioses.

Anacarsis hizo un esfuerzo para contener una carcajada. Era la historia más jactanciosa que jamás había escuchado. Se preguntaba si ese viejo sabio había hecho demasiado uso de los vinos del banquete o si sus palabras eran una chanza sin sentido. Pese a su incredulidad, evitó interrumpir el discurso de su anfitrión.

—Los Dioses se asentaron en el gran continente y levantaron construcciones magníficas. Para abastecer sus necesidades, esclavizaron a aquellos primeros hombres carentes de ciencia y de conocimientos. Les enseñaron a cultivar, a interpretar los ciclos solares, a trabajar la piedra y a alear metales. Para ensalzar su grandeza y su poder, erigieron efi-

gies con sus rostros y levantaron construcciones funerarias de formas piramidales para honrar a sus difuntos en todo el continente. El esclavo rebelde era castigado de manera despiadada y la cultura del miedo a los Dioses se extendió por todo el continente, de un extremo al otro. Esa especie antecesora acabó sucumbiendo a su poder.

Una repentina ráfaga de viento hizo que la arena del suelo se arremolinara y luego se levantara. Ambos hombres tuvieron que cubrirse los ojos.

—¿Qué historia es esa, gobernador? —se sintió ofendido Anacarsis—, ¿pretende confundir mis creencias?

—Abra su mente y deje que la sabiduría penetre en ella. No permita que lo que el hombre cree saber se convierta en verdad absoluta —repuso Solón con seriedad.

El chillido afónico de un águila que sobrevolaba por encima de sus cabezas hizo que Anacarsis levantara la mirada. Durante unos instantes observó al animal, deleitándose con sus elegantes giros en el aire, luego un ligero escalofrío recorrió su espinazo.

Anacarsis era un hombre de origen escita, un pueblo dominador de la estepa pónica y Sarmatia. Estaba instruido en los conocimientos de la corriente filosófica de Occidente y era seguidor de los preceptos de los grandes sabios griegos, aunque sus fundamentos gnósticos diferían de los que profesaban los griegos. La religión de los pueblos escitas estaba influenciada por las creencias sumerias, donde la mitología y la teología iban muy unidas. Todo lo que refería a los Dioses era mágico y en consecuencia inexplicable. Enlil era el dios del viento, una de las deidades más respetadas por escitas y sumerios, y su espíritu estaba representado en la Tierra con la figura del águila. Por ese motivo, el casual planeo sobre sus cabezas fue percibido por Anacarsis como una revelación divina.

—Imagino que no es fácil adaptar las creencias ancestrales a revelaciones de esta magnitud, por ese motivo solo

los sabios pueden comprender nuestros orígenes —quiso tranquilizarle Solón.

—Soy un hombre de mundo, gobernador. Conozco el pensamiento de una gran cantidad de pueblos y he aprendido a respetar sus creencias, aunque crea que sean las equivocadas —sonrió Anacarsis—. Tiene razón, debo abrir mi mente.

Solón apoyó sus manos sobre los hombros de su invitado.

—Es un hombre de mundo y también un hombre sabio.

Los dos hombres siguieron caminando a paso lento por el camino que conducía hasta la residencia del gobernador, un paraje bucólico por su diversidad de colores verdes y parduzcos.

—Los seres superiores se establecieron en el gran continente y procrearon para perpetuar su estirpe —siguió explicando Solón—. Luego, con los años, empezaron a hacer uso carnal de sus esclavas. Cada Dios tenía su propio harén y las elegidas vivían en concubinato en los palacios, debiendo obediencia y sumisión absoluta.

—¿Quiere decir eso que el hombre que conocemos hoy en día es el fruto del germen de los Dioses? —se interesó Anacarsis.

—Eso mismo cuentan los antiguos, pero no fue algo inmediato —aclaró el gobernador—. Los primeros neonatos fueron sacrificados en aras de preservar el linaje divino, aunque posteriormente la natalidad de los semidioses fue un hecho, dando paso a una nueva clase social. Los semidioses eran instruidos en el arte de las armas y se les permitió el aprendizaje y el uso de la escritura.

A pocos pasos del palacio, Solón se detuvo para descansar. Se sentó en uno de los escalones e invitó a Anacarsis a hacer lo mismo. El extranjero seguía escuchando la particular historia de la creación que explicaba el sabio sin apenas osar interrumpirle.

—¿Cuánto tiempo abarca ese periodo? —intervino, ahora sí, Anacarsis.

—No sabría decirle con exactitud, pero el suficiente como para que el hombre se convirtiera en una especie inteligente, aunque a un nivel inferior al de los Dioses. El hombre fue evolucionando gracias a los conocimientos adquiridos y llegó a perfeccionar los códigos orales de comunicación. Eran simples construcciones fonéticas que habían empezado a imitar de sus esclavizadores, pero suficientes para desarrollar un primer vocabulario.

—Tal como lo narra, es de entender que los Dioses no vieron con malos ojos esa evolución de sus esclavos... —le interrumpió el príncipe escita.

—No fue una transición fácil. Los Dioses necesitaban que sus esclavos aprendieran multitud de disciplinas para ser más eficientes en su trabajo, aunque eso pudiese convertirse en una amenaza a su dominio.

—Gobernador... —balbuceó el invitado—. Me ha referido usted un continente más grande que Asia y que nuestros mares, pero... ¿dónde está ese fabuloso continente que nuestras naves no han encontrado?

Capítulo 2

Decían los primeros sabios de Grecia que solo un hombre ilustrado sabrá a quién puede transmitir su sabiduría, alguien que esté capacitado para entenderla, cultivarla y legarla. Solón escudriñó los oscuros ojos de Anacarsis buscando en ellos el don de la sabiduría y tras ellos lo encontró. Ese extranjero le inspiraba confianza y por ende se hacía merecedor del conocimiento.

—El viejo continente... El continente sigue allí, en Occidente —contestó Solón con un halo de misterio—. Me explicaba antes que en su tierra, los periodos de lluvias pueden prolongarse durante semanas. —Anacarsis asintió—. Eso es un serio problema... Las cosechas se echan a perder, los caminos se embarran y algunos pueblos quedan aislados de las regiones urbanas durante unos días. Pero ¿se imagina un periodo de lluvia de más de nueve años? ¿Puede imaginarse la catástrofe que supondría?

—¿Nueve años de lluvias?

—Dieciocho solsticios y diecinueve equinoccios, sí señor; pero eso fue solo el principio. Durante este tiempo, muchas placas continentales se sumergieron dividiendo el territorio, los valles se convirtieron en una extensión del gran mar y las montañas más altas se convirtieron en islas. Los mares empezaron a ganarle terreno a las costas y algunos territorios del continente quedaron aislados o sumergidos por completo. Ante la necesidad de acceder a las diferentes ínsulas, sus habitantes empezaron a construir embarcaciones de corta eslora y a medida que las distancias se fueron acrecentando, el tamaño de las naves fue mayor. Las primeras grandes embarcaciones eran similares a las trirremes griegas, pero sin velamen y con una quilla más ancha e